



PLAYA DE BENIDORM

blo ocupa la cumbre de la colina, dominando todo el caserío. Altaia y Calpe, con sus castillos, a mediados del siglo xiv, pertenecieron al Real monasterio de las Clarisas, de Játiba, en tercio de señorío que permutaron con el poderoso conde de Denia.

Traspuesta la sierra marítima, con breve parada en Alfar del Pi, vemos el tranquilo pueblo de Benidorm tendido sobre la playa, frente a la isla de su nombre. Un macizo montañoso separa sus arenas de las de Villajoyosa, donde paramos a las ocho y media de la mañana, después de dejar a la derecha y en encumbrada situación, a lo lejos, Puig-Campaña, de 1.000 metros de altitud, y el lugar de Finestrat dormitando a su sombra. Villajoyosa, de origen griego, la vemos sonriente junto al mar, al cruzar su gigantesco puente sobre el río Ansadorio. La iglesia, emplazada sobre la muralla, es la más notable obra de la población. Su es-

tilo es renacentista, con bóvedas de crucería ojival y un bello retablo del siglo xvi ornamentado con dorada talla churrigueresca. La pila del agua bendita es un cipo romano con estela funeraria perfectamente conservada su inscripción. Existe otra bajo el frontal del altar mayor.

Desde la Villa a Campello, el mar lame el terraplén de la vía a veces, y por Campello y San Juan, el tren llega, al fin, a Alicante, habiendo recorrido en cuatro horas 93 kilómetros, que en línea recta casi resultarían la mitad y que se cubrirían en una hora por terreno llano.

Este es el ferrocarril de la marina, visión encantadora para un *film* de cinema, y que con menos gastos y molestias debieran viajar los que buscan más allá de los Pirineos cosas no tan bellas como las que menosprecian aquí en España.

CARLOS SARTHOU C.

(Fotos del mismo.)

